



Alzar los ojos para tranquilizar el alma

POR DAVID CHOIN //

Doctorando. Universidad de Alicante



En ese artículo se abordará la problemática de la crisis identitaria en las sociedades actuales desde la perspectiva de las funciones y representaciones simbólicas, estéticas y éticas desempeñadas por el espacio urbano. Se analizarán las causas y los motivos que protagonizaron esta situación depresiva en la que nos encontramos y se expondrán soluciones para recuperar esta identidad diluida en los extravíos de la post-modernidad. En esas líneas la literatura nos guiará de una forma sensorial concibiéndose ésta como testimonio único sobre la ciudad, testimonio que incorpora la ciudad en su seno y la transforma en referencia literaria.

Palabras clave
Ciudad
Identidad
Posmodernidad
Literatura

Hoy en día se utiliza la palabra “crisis” para cualquier fenómeno: “crisis conyugal”, “crisis de confianza”, “crisis económica”, “crisis financiera”, “crisis interna”, “crisis de identidad”, etc. La causa de estos epifenómenos está en el verdadero drama contemporáneo: la pérdida de valores protagonizada por el olvido de las raíces identitarias. Atrás han quedado las nociones de respeto, ayuda mutua, trabajo, colectividad y solidaridad. Estas panaceas se han visto suplantadas por el poder del dinero, la anomia y la ley del menor esfuerzo como galardón supremo. Aquí está el origen del aprieto en que nos encontramos actualmente.

Frente a las respuestas idealistas de filósofos y la imposibilidad de reaccionar de los políticos, convendría mirar a su alrededor, alzar los ojos y contemplar las obras del hombre. No me refiero evidentemente a cualquier trabajo o tarea humana sino más bien a las obras artísticas (estatuas, monumentos), literarias y arquitectónicas (museos, edificios) confeccionadas por la mano y/o el ingenio humano. Me parece fundamental insistir, y con más razón en esa época en la que lo deshumanizado domina, en la idoneidad de la literatura para integrar lo urbano y lo cotidiano, en una palabra, la vida. Muchas son las personas que se hacen una idea de la realidad a partir de la ficción, cuando la operación realizada por los escritores es la contraria ya que se realiza un trasvase recíproco entre realidad-ficción y ficción- realidad.

Existe una relación directa e inequívoca entre la historia, la identidad y la ciudad puesto que las ciudades también sirvieron de soporte a la emergencia del sentimiento de nacionalidad como bien subrayó Pedro Mendiola: “Esta

confluencia entre la representación espacial de la identidad simbolizada en la ciudad y la representación temporal que supone el discurso de la nacionalidad, define buena parte de la literatura urbana por una “tensión cultural” añadida a la elaboración textual”¹. El primer motivo que puede explicar la pérdida de identidad reside en este hecho, esto es, el no poder asignar ninguna función más a la urbe que la de satisfacer las necesidades básicas del hombre (trabajo, comida, hogar). De nú-

“La ciudad se ha vuelto suma de individualidades cuando en su origen representaba una comunidad”

Mcleo humano y social la ciudad se ha convertido en simple medio para satisfacer expectativas desvaneciéndose su aura “sagrada”. Asimismo la explosión demográfica de las últimas décadas unida a las migraciones de población se combinaron para configurar un fenómeno complejo y en perpetua evolución que las ciudades y sus integrantes no fueron capaz de afrontar dejando paso al desarrollo de actitudes de repliegue sobre sí mismo y, en casos extremos, de racismo y xenofobia. El desarraigamiento provocado por la imposibilidad de asignar a todos los integrantes de la ciudad un papel dentro de la sociedad así como el correspondiente al éxodo rural y al exilio voluntario que representa la inmigración contagiaron a los demás componentes de la urbe. Ellos mismos experimentaron una sensación de extrañeza ante las mutaciones de la metrópoli. Estos puntos que acabo de detallar reflejan la debilidad de la estructura social y explican muchas de las actitudes violentas que conocemos hoy y que son frecuentes, casi diarias diría. Esta violencia ilustra un malestar que no data de hoy y que está inculcado en las mentalidades, corroyendo los cimientos de la sociedad que no fue capaz de afrontar las sucesivas transformaciones de finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

Una de las respuestas más originales ante la crisis fue un creciente escepticismo que ganó a las nuevas generaciones. Rápidamente progresó el inconformismo, cuando el efecto de la conmoción se hizo patente en las ciudades y se acentuó el repliegue de la sociedad tradicional. Fue entonces cuando empezó a difundirse la tentación de una vida sin barreras. Se manifestó como una exacerbación del inconformismo tradicional, de la bohemia artística y literaria, de la bohemia estudiantil. Creció en las ciudades el número de los que practicaron el “vive como quieras sin preocuparte de los demás”. La ciudad se ha vuelto suma de individualidades cuando en su origen representaba una comunidad solidaria en la que cada uno colaboraba en su desarrollo. Podemos apuntar, pues, al desarrollo del egoísmo como tercer factor que ha contribuido a la progresiva disgregación de la identidad.

En cuarto lugar, y siguiendo la línea trazada en el párrafo anterior, el egoísmo ha llevado al hombre a aislarse de la multitud para encontrar un pseudo-sosiego y una engañadora tranquilidad. Sin embargo, la costumbre de apiñarse en espacios cerrados (casas, teatros, supermercados), que no son ni más ni menos que microcosmos, ha ido sustituyendo el macrocosmos de la ciudad donde la gente vivía principalmente en la calle, celebraba los eventos culturales y religiosos en ella y compraba en los mercados que animaban las plazas de las urbes.

Según el intelectual estadounidense Joel Kotkin², el origen de la ciudad estriba en tres funciones distintas: crear un espacio sagrado, seguro y capaz de abastecer a una po-

1. Pedro Mendiola Oñate, *Buenos Aires entre dos calles*. Breve panorama de la vanguardia poética argentina, Alicante, Cuadernos de América sin nombre, nº 4, Universidad de Alicante, 2001.

2. Joel Kotkin, *The city: a global history*, New York city, Random House Publishing Group, 2006. Traducido al español por Francisco Ramos, *La ciudad: una historia global*, Barcelona, Debate, 2009. Citado en Madrid/Barcelona. Literatura y ciudad (1995-2010), edición, introducción y guía

blación. En otras palabras las áreas urbanas se fundamentan en tres condicionantes básicos: la religión, el poder y la economía, que estructuran la toponimia de la ciudad. El crecimiento físico de la urbe no siguió estos patrones puesto que la religión, y la Iglesia en particular, casi ya no tienen influencia en nuestras vidas; este espacio de convivencia asegurado por el poder se esfumó al provecho de la corrupción, del caos social y de la violencia. En efecto, desde hace décadas los dirigentes de nuestras sociedades y los grupos de presión y de poder se compusieron de gente menos comprometida con el pasado. Eran y son los que buscaban el ascenso social y económico con precipitación y desorden, casi con desesperación. Esta actitud perjudicó indudablemente, y en profundidad, los cementos de nuestros comportamientos y sociedades. La carrera al éxito económico y social terminó por derribar un edificio ya fragilizado por la rápida mutación del mundo. En último lugar, la economía terminó en manos de especuladores que acabaron por arruinar a gran parte del mundo. En pocas palabras, se derribaron, no sé si de manera consciente o no, los pilares de la sociedad tradicional. Estos fenómenos, opuestos pero indisolubles, acabaron por dibujar el triste mapa que es el nuestro en este momento.

Hoy en día los inventos tecnológicos han desvinculado al hombre de su entorno natural. En un poco más de un siglo han sido tantas las revoluciones técnicas, tecnológicas y éticas que el ser humano se ha visto obligado a sufrir y dejarse dominar por unas leyes que ya no dependen de él y que pocas veces tienen en cuenta sus deseos y necesidades. Buen

ejemplo de ellos es que antes las ciudades tenían unos olores característicos -naranja y lima para Buenos Aires por ejemplo-, respetaban el ritmo de vida de sus habitantes y sus costumbres mientras que en la actualidad pasa más bien lo contrario. Cada uno de nosotros está sujeto al ritmo infernal de compromisos y obligaciones profesionales estando más pendiente de los horarios y del tiempo que de las personas que comparten nuestro espacio vital. El progreso material hubiera debido acompañarse de un progreso espiritual pero en lugar de ello el abismo entre uno y otro va haciéndose cada vez más grande como señaló el intelectual estadounidense Marshall Berman:

Las masas no tienen «yo», ni «ello», sus almas están vacías de tensión interior o dinamismo: sus ideas, necesidades y hasta sus sueños «no son suyos»; su vida interior está «totalmente administrada», programada para producir exactamente aquellos deseos que el sistema social puede satisfacer, y nada más. «Las personas se reconocen en sus mercancías; encuentran su alarma en su automóvil, en su equipo de alta fidelidad, en su casa a varios niveles, en el equipamiento de su cocina »³. >

M

de lectura por Jorge Carrión, Cátedra Miguel Delibes e Iberoamericana editorial Vervuert, Madrid, 2009, p. 15.

3. Herbert Marcuse: *El hombre unidimensional: estudios sobre la ideología de las sociedades industriales avanzadas*. Trad: Antonio Elorza, Barcelona, Seix Barral, 1969, citado en Marshall Berman: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI, 1991, p. 16.

En la actualidad, todas las urbes se parecen y siguen el mismo modelo de desarrollo. Por tanto, no es descabellado afirmar que hemos pasado de una originalidad a una uniformidad urbana, de unos rasgos urbanos característicos, que como lo indica su nombre individualiza e identifica, a una serie de cualidades similares que no hacen sino asemejar cualquier urbe a un modelo pre-establecido. Estoy apuntando, pues, a una pérdida del sentido original de las ciudades que se han visto metamorfoseadas para ostentar los mismos tipos de viviendas, pisos y parkings que han desnaturalizado por completo el espacio urbano destruyendo y acabando poco a poco con los olores, los parques y los elementos arquitectónicos únicos y representativos de cada ciudad; esa vieja época en la que en unas palabras se describía o se hacía adivinar el nombre de una urbe. La configuración actual de una gran ciudad resulta ser la superposición de la obra de ciertos partidos, de ciertas personalidades, de ciertos soberanos; así, diferentes planes se han superpuesto, mezclado, ignorado, hasta el punto del sin sentido. Tampoco ayuda a reforzar el sentimiento de continuidad y de lógica inherente a cualquier proyecto comunitario e identitario. Como ha señalado acertadamente el crítico literario español Eduardo Becerra:

Muchas de las grandes urbes contemporáneas vienen siendo sometidas a un proceso de espectacularización que ya no busca potenciar los espacios comunitarios sino subrayar y difundir atractivos fundamentalmente turísticos que en ningún caso se registrarán por el refuerzo de la vida social: edificios funcionales resignificados como monumentos emblemáticos, centros comerciales que desde su arquitectura surgen como nuevos templos de los ritos sociales; el turista sustituye al flâneur como habitante arquetípico de este paisaje⁴.

Estos fenómenos que he estado enumerando nacieron junto con un concepto sobre el que se han escrito miles y miles de páginas: la modernidad. Por modernidad nos referimos aquí a los fenómenos de modernidad urbana y social, es decir: éxodo rural, ensanchamiento urbano ya no en los extrarradios sino verticalmente, gestación de una red de trans-

porte, suburbanización, contaminación, y, tal vez el factor más importante, el alojamiento de la clase obrera. A partir de este momento la ciudad ha polarizado al individuo impidiendo la antigua convivencia que podía por ejemplo existir entre los peladitos porteños y los cuellos azules. Esta marginalidad contemporánea que resulta principalmente de la mutación ideológica e histórica de la ciudad ha acentuado la fractura social que separa la hoy denominada “sociedad normalizada” de “la sociedad anómica”. En palabras del ensayista estadounidense Marshall Berman:

Esta atmósfera- de agitación y turbulencia, vértigo y embriaguez psíquicos, extensión de las posibilidades de la experiencia y destrucción de las barreras morales y los vínculos personales, expansión y desarreglo de la personalidad, fantasmas en las calles y en el alma- es la atmósfera en que nace la sensibilidad moderna⁵.

“Diferentes planes urbanos se han superpuesto, mezclado, ignorado, hasta el punto del sin sentido”

Una buena manera de combatir la pérdida de identidad que resulta de los condicionantes que he mencionado arriba es activar los resortes de la memoria, despertar la curiosidad para investigar sobre los monumentos, estatuas, fuentes y edificios que nos rodean y nos

Figura 1: *Sin título*, Yelena K. Sayko

4. *Ciudades posibles. Arte y ficción en la constitución del espacio urbano*, Eduardo Becerra (ed.), Madrid, 451 editores, 2010, p. 16.

5. Marshall Berman: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, óp.cit., p. 4.

6. Kévin Lynch: *The Image of the City*, Cambridge MA, Mit Press, 1960. Versión castellana de Enrique Luis Revol. Barcelona, Gustavo Gili, 2008, p. 10.



^ Figura 1

quiere del simple gesto de caminar despacio con la cabeza alzada, los ojos atentos y ágiles para observar y poder apreciar y disfrutar del espectáculo que nos brinda la urbe, esto es, una suave hibridez entre hormigón, espacios verdes, parques, coches, animales, vegetales seres humanos y, por supuesto, los inventos tecnológicos fruto de su ingenio. Lanzarse a la calle significa topar con la Historia y sus avatares: un castillo en ruinas que albergó durante siglos los señores de la urbe, el historial del nombre de una calle que en cuatro líneas da información sobre siglos, los campanarios de una iglesia cuya negrura indica su antigüedad, la flamígera fachada de un edificio, el patio de una escuela que antiguamente fue cuartel militar, un antiguo silo que revistió su traje de gala para albergar exposiciones culturales... Los signos del pasado son la memoria de la ciudad que se convierte asimismo en memoria de los hombres. Aunque estos símbolos

estén omnipresentes en nuestras ciudades muy a menudo sus moradores los obvian o simplemente los relegan en el olvido.

Si bien es cierto como señaló el geógrafo y ensayista estadounidense Kévy Lynch que “muy a menudo nuestra percepción de la ciudad no es continua, sino, más bien, parcial, fragmentaria y mezclada con otras preocupaciones. Casi todos los sentidos están en acción y la imagen es la combinación de todos ellos⁶”, cabría recordar que las dos referencias utilizadas por el hombre para descubrir el espacio urbano son la estructura del mismo, es decir el espacio real, pero también son fundamentales los significados sociales, culturales y simbólicos de los lugares en los que se vive.

El eje vertebrador de la ciudad lo representa la historia de los monumentos y sus edificios que no son ni más ni menos que el oxígeno de

la ciudad. El pueblo se apropia de la obra arquitectónica y le otorga un papel de elemento unificador del conjunto social. La arquitectura viene a ser una forma de arte más, más cercana, más visual y más directa pero no por ello menos unificadora e identificadora. Podemos citar como elemento simbólico de lo dicho la Pirámide de Mayo de Buenos Aires. ¿Qué rememora el obelisco bonaerense? Aglutina la historia porteña puesto que celebra y recuerda las dos fundaciones de la ciudad (1536 y 1580), el primer izamiento de la bandera nacional por Manuel Belgrano en 1812 en la torre de San Nicolás y la consagración de Buenos Aires como capital de la República Argentina en 1880.

La singularidad arquitectónica es ejemplar en cada monumento, cada uno de los cuales es único en sí. Son como las fechas; sin ellas, un antes y un después, no podremos comprender la historia⁷.

M En las líneas que seguirán me centraré en otro tema fundamental, a mí entender, para combatir la zozobra y la progresiva erosión de la identidad y de referencias histórico-culturales en nuestras sociedades: la literatura de la ciudad y la integración en la misma de una multitud de referentes urbanos claves para el Hombre y su cosmogonía. Sin embargo, antes de considerar con la atención requerida este jugoso tema, me parece necesario presentar un breve resumen del origen de la literatura urbana.

La literatura urbana moderna tiene su origen en dos obras de mediados del siglo XIX. Por un lado, nació en el relato “El hombre de la multitud”⁸ de Edgar Allan Poe, publicado en 1840, y por otro, en los poemas que integran el mítico poemario del francés Charles Baudelaire: *Les fleurs du mal*⁹.

En su obra, el inglés partió de una individualidad para tratar a la masa mientras que Baudelaire hizo todo lo contrario, tomando como referencia a la multitud para indagar en el individuo que, paradójicamente, se sentía solo y perdido en medio de ella. Ahora bien, otra pregunta que cabe hacerse es ¿Qué pretendían Poe y Baudelaire con sus obras? En respuesta a este último interrogante podemos

atrevernos a formular la hipótesis siguiente: seguramente lo hicieron para recuperar la esencia de la ciudad por las primeras consecuencias de la industrialización que acabaron con la imagen y el recuerdo de la ciudad ideal de la segunda mitad del siglo XIX. Querían hacerse intérpretes de una vida cada vez más rápida y deshumanizadora que tenía su correlato en la fulminante transformación urbana.

El segundo remedio destinado a colmar las carencias sufridas en nuestras sociedades consiste justamente en volver a leer literatura, la novela en particular, porque ésta es un mundo autónomo en el que lo literario interviene en la representación de lo que es único: una plaza, un barrio, una calle, un edificio, etc. En definitiva, se acumulan las estampas sobre un mismo espacio para re-vivirlo a través de la escritura. De ahí que en gran medida impere en la narrativa urbana el tono nostálgico y melancólico característico del trabajo de recuperación de los signos del pasado. Aquí está la clave de la identidad de los pueblos: en la recuperación de la memoria mediante la reminiscencia de los acontecimientos históricos, culturales, artísticos y costumbristas que animaron, animan y seguirán animando el decurso de nuestras ciudades. El escritor italiano Italo Calvino sintetizó a la perfección lo que vengo demostrando en un fragmento de *Las ciudades invisibles* que reproduzco a continuación:

La ciudad no cuenta su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquinas de las calles, en las rejillas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de

6. Kévin Lynch: *The Image of the City*, Cambridge MA, Mit Press, 1960. Versión castellana de Enrique Luis Revol. Barcelona, Gustavo Gili, 2008, p. 10.

7. Aldo Rossi: *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili, 1979, p. 221

8. “*El hombre de la multitud*” fue publicado simultáneamente en los números de diciembre de las revistas londinenses *Atkinson’s Casket* y *Burton’s Gentleman’s Magazine* en 1840. Edgar Allan Poe, *Cuentos completos*, Barcelona, Edhasa, 2009.

las banderas, cada segmento surcado a su vez por arañazos, muescas, incisiones, comas¹⁰.

Abrir un libro de literatura urbana es embarcarse para un periplo por su ciudad, un viaje a través del tiempo, del espacio, de la cultura y de la memoria, recorrido sumamente enriquecedor para conocer su entorno y su historia, dos etapas indispensables en el largo camino del autoconocimiento. En cada esquina y lugares nombrados iniciamos una odisea, acompañado siempre de la presencia del narrador que nos orienta, nos guía y a veces nos extravía para mejor servir sus designios. A tientas, penetramos en la intimidad de unas casas para extraer de ellas la “esencia” del ser local. Sumergirnos en la ciudad sin miedo a perderse es la mejor manera para empaparse de ella y descubrir su verdadera esencia. Entre cada barrio, calle, monumento, iglesia y edificio se establecen conexiones invisibles e inconscientes que terminan por conformar un rizoma del que la ciudad se nutre para fortalecerse, crecer y respirar.

Asentadas ya, creo, las bases teóricas del tema que nos ocupa gracias a la ayuda de algunos ejemplos ilustrativos, pretendo ahora presentar una obra paradigmática de la literatura urbana moderna, me refiero a *Misteriosa Buenos Aires* (1950) del escritor argentino Manuel Mujica Láinez. En esta crónica novelada del cuentista porteño el paisaje urbano actúa como un extenso sistema mnemotécnico que contiene la historia y los ideales colectivos. El narrador porteño pretendió alzar a Buenos Aires como núcleo que aunara y reuniera la experiencia urbana y la memoria de los ar-

gentinos. El cuentista bonaerense siempre menciona los mismos barrios (Montserrat, El Retiro y La Merced) y las mismas calles, con un objetivo, a mí parecer, evidente: describir el núcleo original de la ciudad con una serie de edificios y establecimientos que le dieron entidad e identidad.

“La fundación literaria de las ciudades en la literatura es el digno complemento de la edificación física”

En esta obra también me llamó la atención la insistencia del autor en situar siempre de manera muy precisa la ambientación de sus cuentos. En cada relato se especifica el nombre de la calle o del barrio en el que sucede la acción. La evolución del nombre de las calles y de los barrios también refleja la historia de la ciudad y, por tanto, es un complemento imprescindible a los “elementos singulares”¹¹ del paisaje urbano que he estado describiendo en las líneas precedentes. Las calles se alzan como puntos de referencia indispensables de una urbe puesto que la evolución de sus nombres refleja los cambios y modificaciones operados en la ciudad. Desafortunadamente, este hecho fundamental en la vida de la ciudad pasa muy a menudo desapercibido y conviene llamar la atención para que las calles ya no sean sólo nombres que permitan llegar a un lugar sino nombres que hablen y cuenten un capítulo de la historia de la ciudad. >

M

9. Charles Baudelaire, *Les Fleurs du mal*, Paris, Poulet-Malassis, (1857).

10. Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, *óp.cit.*, pp. 25-26.

11. Según Antoine S. Bailly, el paisaje objetivo se compone de dos grupos de elementos: los singulares (catedral, monumento, edificación de arquitectura peculiar, etc.) que se corresponden a menudo con los puntos de referencia que estructuran el paisaje. Los segundos, los constantes, constituyen la parte esencial del tejido urba-

no y lo hacen homogéneo. La percepción del espacio urbano. Conceptos, métodos de estudio y su utilización en la investigación urbanística, Colección “*Nuevo urbanismo*”, Jesús J. Oya (trad.), Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1979, p. 57.

“El impacto mercantilista que estimuló en exceso el desarrollo de las ciudades no fue el único factor que provocó la crisis de la sociedad posmoderna.”

La literatura urbana nació al mismo tiempo que las ciudades modernas. Acompañó paso tras paso el desarrollo de las diferentes sociedades que se siguieron en unos escenarios que, con el paso del tiempo, perdieron de sus funciones emblemáticas e identificadoras. Como decía el crítico y escritor uruguayo Fernando Aínsa: “La ciudad puede ser todavía el modo de salvar el sentido de la “comunidad del territorio””. En efecto, la urbe en tanto garante de la tradición histórica y elemento unificador entre las diferentes generaciones actúa como piedra angular entre el paisaje y el teatro urbano. La experiencia del lugar está unida a la dimensión temporal de la memoria dado que éste establece un puente entre el pasado y el presente que la literatura recupera y mitifica. La fundación literaria de las ciudades en la literatura es el digno complemento de la edificación física ya que re-crea un nacimiento y una biografía de la urbe. Crea una literatura que es al mismo tiempo texto y mitología, historia imaginaria y metafísica de la ciudad. Así lo manifestó el narrador peruano Julio Ramón Ribeyro: “La literatura sobre las ciudades las dota de una segunda realidad y las convierte en ciudades míticas”¹². En el fondo, hay una fundación ilusoria del pasado sobre todo cuando el presente de las ciudades se ha ido haciendo insoportable provocando hasta el rechazo y el odio de sus propios moradores.

Por todo lo enunciado anteriormente incito los lectores a dejar atrás la ciudad de la amargura para construir (¿re-construir?) la ciudad ideal de principios del siglo XX. Desde hace unas décadas las urbes transmiten cada vez menos la cultura de la sociedad y las expresiones simbólicas. Han pasado a ser un lugar

económico carente de identidad que se anima periódicamente con las celebraciones de los grandes eventos deportivos (Campeonatos Olímpicos o mundiales), políticos (elecciones presidenciales y autonómicas) y culturales (gay pride, fiesta del trabajo) que son en las plazas emblemáticas de las grandes ciudades como por ejemplo la Plaça Catalunya de Barcelona, la Plaza de los Cibeles de Madrid, la Plaza de los Luceros en Alicante, Los Campos Eliseos en París, etc. Estos lugares no están elegidos por casualidad sino porque aglutinan un pasado histórico, una historia con la que los autóctonos se identifican. De ahí que las manifestaciones de alegría, pero también de rechazo, tengan lugar en estos “nodos” que otorgan prestigio y reconocimiento entre la población.

En la misma línea, las recientes manifestaciones y acampadas organizadas en las principales plazas españolas y griegas representan la reapropiación del espacio público por las multitudes. Ese acto simbólico de ocupar el espacio para llamar la atención y despertar las conciencias más cerradas es también un retorno a la función primaria de la polis griega, esto es, la organización de la sociedad en virtud a valores democráticos destinados a conseguir la mejora y el bienestar de la comunidad. Las voces latinas urbis y civitas han sintetizado la doble dimensión esencial de los hechos urbanos: su dimensión física y construida y su dimensión política y social. Se puede afirmar sin temor alguno que hoy en día no más queda una urbis tambaleante, a punto de desagregarse, como lo hizo hace décadas las civitas.

Figura 2: Pirámide de Mayo (Buenos Aires). Fotografía anónima (2008).

12. Julio Ramón Ribeyro, “Gracias, viejo socarrón”, en *Antología Personal*, México, F.C.E., 1992, p. 128.



El impacto mercantilista que estimuló en exceso el desarrollo de las ciudades no fue el único factor que provocó la crisis de la sociedad posmoderna. En la misma línea se pueden insertar la nueva relación que se estableció entre el hombre y su entorno, relación que lo alejó del mundo natural, transformándose éste en un paisaje ordenado y racional pero

deshumanizado, insignificante y artificial; el creciente egoísmo y menosprecio del pasado de las masas; la falta de compromiso de los políticos con el pasado; la destrucción de los símbolos y emblemas urbanos en beneficio de obras arquitectónicas futuristas, de zonas de estacionamiento y de supermercados >

Actualmente, nuestras sociedades se encuentran en medio de una gran ausencia, de una incertidumbre desestabilizadora y de un vacío de valores. Lo que sí cabría restablecer es la notable abundancia de posibilidades que se abrían a los jóvenes y menos jóvenes hace un siglo o medio siglo quizás.

Por todas las razones que he ido enumerando en las páginas anteriores invito a todos los lectores a realizar excursiones por sus ciudades favoritas. Excursiones físicas, acudiendo directamente a alguna ciudad, museo o lugar para estudio, recreo o ejercicio físico, o excursiones espirituales llevados de la mano por un novelista para re-encontrarse con el lugar que al fin y al cabo nos vio nacer ■

BIBLIOGRAFÍA

BAILLY, A.: *La percepción del espacio urbano. Conceptos, métodos de estudio y su utilización en la investigación urbanística*, Colección "Nuevo urbanismo", Jersús J. Oya (trad.). Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1979.

BERMAN, M.: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid, Siglo XXI, 1991.

CALVINO, I.: *Las ciudades invisibles*. Madrid, Biblioteca. Ediciones Siruela, 2008. Traducción de Aurora Bernárdez. (1ª ed.: 1972).

GUTMAN, M. y HARDOY, E.: *Historia urbana del área metropolitana*. Madrid, MAPFRE, 1992.

KOTKIN, J.: *La ciudad: una historia global*. Barcelona, Debate, 2009.

MENDIOLA OÑATE, P.: *Buenos Aires entre dos calles. Breve panorama de la vanguardia poética argentina*. Alicante, Cuadernos de América sin nombre, nº 4, Universidad de Alicante, 2001.

RIBEYRO, J.R.: Julio Ramón Ribeyro, "Gracias, viejo socarrón", en *Antología Personal*, México, F.C.E., 1992.

ROSSI, A.: *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona, Gustavo Gili, 1979.

WILDE, J.A.: *Buenos Aires desde setenta años atrás*. [En línea], Buenos Aires, Imp. y Estereotipia de La Nación, 1908, < http://es.wikisource.org/wiki/Buenos_Aires:_12>. [Consulta 17/05/2011], capítulo XV.

<http://www.revisionistas.com.ar/?p=7771>.

<http://www.xouslab.com/main/viewtopic.php?t=87>